

rrer— “el hombre, bajo el fúete del anticristo es una fruta que da semillas para los libres pájaros, mientras pasa la ráfaga maldita que apaga surtidores y devora arcoiris e infantiles canciones y sueños que son hélices llevando al cielo un lirio”.

Para decir su verdad poética y humana, Ferrer no recurre a ningún énfasis. Su palabra está libre de todo tono discursivo, mortal para la auténtica poesía. Su canto, de majestuosos alejandrinos sin rima, posee la gravedad, el ímpetu, la torrencialidad necesarios a su propio momento creativo, a su propia búsqueda. No faltan, entre esa gravedad, entre ese ímpetu y entre esa torrencialidad, pausas de fina ternura. Este “testamento de guerra para labriegos y soldados” es, asimismo —y el poeta lo reconoce—, “testamento de profeta a los niños nacidos en la hora del cañón, y con ellos verá un día el cielo, país de los arcángeles que dejan en la tierra su condena sin gloria”.

Una poesía de esta naturaleza orillaría las zonas del panfleto si no estuviera desbrozada de todo prosaísmo y si no se internara en aquel mundo en que la emoción y la imaginación dicen su música esencial. La poesía de este libro es, en definitiva, agónica, recordando —al usar ese epíteto— la advertencia de Unamuno: “agónico, es decir, que lucha, que lucha contra la vida y contra la muerte”.

\* \* \*

LEDO IVO, *As imaginações*.—Rio de Janeiro. Edit. Pongetti, 1944. 112 pp.

Con éste su primer libro, Ledo Ivo se incorpora —en plena juventud— al grupo de los poetas brasileños de verdadera jerarquía, de significativo valor. La mejor manera de dar la tónica de su lirismo experimental es, sin duda, traducir una de sus páginas. He aquí, por ejemplo, su “Cantiga”:

Fué mi amiga quien gritó en la sombra  
el día en que nací.  
Fué mi enemiga quien gritó en la sombra  
durante mi muerte.  
Era el 18 de febrero de 1924  
y yo acababa de nacer.  
Porque yo acababa de nacer, una rosa  
se abrió en París, otra en Viena;  
pero una tercera no se abrió.

Murió conmigo. Era lo principal.  
 Fué mi amor quien gritó en la sombra  
 el día en que nació.  
 Después fueron las mudanzas y los aprendizajes.  
 Yo estaba muerto; pero andaba y hablaba  
 y amaba y dormía y moría.  
 Yo estaba muerto, pero podía morir.  
 Fué mi muerte quien gritó en la sombra  
 durante mi vida.

Ledo Ivo cultiva, con el mismo instinto musical, el verso libre y las formas clásicas (romance y soneto, sobre todo). Su lirismo rebelde, bellamente desordenado, se expresa más cabalmente —a nuestro gusto— en los ritmos que él mismo crea. Sin embargo, ¡qué gracia y qué pureza en aquel romance de “El encuentro”!:

Mi encuentro con Rilke,  
 siempre en algún lugar.  
 Un preludio de muerte  
 en mi despertar,  
 y la voz de Rainer  
 para yo gritar.  
 Mi encuentro con Rilke  
 en Worsepe o en el mar,  
 nunca en este país,  
 siempre en algún lugar.

Quizá la melancólica ironía de Carlos Drummond de Andrade se refleje en alguna estrofa de este libro. Pero ahí vemos, sobre todo, una hermandad temperamental, con notables diferencias expresionales. Ledo Ivo no tiene, en general, el admirable poder de síntesis de Drummond de Andrade (que firma poemas de tres, dos y hasta un solo verso). Pero el nuevo poeta posee una imaginación muy viva, muy rica, que ilumina el secreto poético. En verdad, puede afirmar, con el verso de Rimbaud que ha puesto a manera de epígrafe de *As Imaginações*: “Je suis maître en fantasmagories”.

Los poemas de más anchurosa belleza son, en este libro, los que dedica a Adriana, en quien simboliza, entre otras cosas, “la patria de la poesía”. A ella regala esos extensos poemas en verso libre que se titulan: “Adriana y la Poesía”, “Justificación del poeta”, “Poema de la desaparecida”, “Descubrimiento de Adriana”, “Balada de la desesperación subyugada” y ese alucinante “Poema de Adriana”, que Ledo Ivo dedica a Jorge de Lima.

De esa "suite" de invocaciones a Adriana, dejaremos aquí una muestra, fragmento del poema que describe a Adriana durmiendo:

Una sonata célebre huyó de un concierto con un suspiro de Adriana.  
Los desembargadores sacáronse el sombrero, porque pensaron en Adriana  
durmiendo.

Ella reposaba y entonces cajas de música enloquecieron inexplicablemente  
y las amadas de los poetas se cubrieron misteriosamente de neblina.  
Desaparecieron temporales y naves antiguas huyeron de los viejos libros  
de historias infantiles y despertaron en los puertos soñados.  
Un trapeicista creyó ver a Adriana con los brazos biertos tentándolo en el aire  
y se precipitó irremediamente en el vacío.

El Presidente de la República decretó feriado porque Adriana estaba durmiendo  
siendo revocadas las disposiciones contrarias.

Países en guerra concordaron en treguas indeterminadas  
para que las batallas no perturbasen el sueño de Adriana  
que algún tiempo después despertó dulcemente y descubrió no estar como antes  
del descanso,

pues Cristo había desapropiado su grande poesía  
para que perteneciese a todos los hombres y a todos los mágicos.

Los versos finales de "Justificación del poeta" merecen ser traducidos:

El tiempo no existe en el alma del poeta.

Todo es universal y abarca todos los tiempos.

Los poetas, padre, son las manos de Dios escribiendo los poemas del mundo  
inseguro.

No importa, padre, que digan que soy loco,  
que lloro inclinado en los puentes, que me conmuevo en los teatros,  
que pregunto por la obscura Adriana cuando la madrugada baja  
en silencio,  
en silencio.

Los poetas son los pianos del mundo

sólo ellos tendrán la noción de la agonía del mundo.

Ayer un niño fué despedazado por una bomba,  
mañana se encontrarán poemas en el bolsillo del suicida soñador,  
y mientras tanto los guinches trabajan incansablemente día y noche  
y los operarios fatigan brazos y piernas.

Ninguna oscilación habrá en la poesía,  
ella quedará en equilibrio, porque los ritmos la amparan  
y Adriana nunca se prostituyó.

A esta misteriosa y obsesionante Adriana, le grita Ledo Ivo su "Poema de la desaparecida":

Adriana, devuélveme a la desaparecida. Yo la escondí en una isla y la robaste pues nada pasa inadvertido para tu espíritu.

No me tortures con la ausencia de la desaparecida,  
no la quieras sustituir por tus senos omnipresentes.

Adriana, intuición de la poesía, yo quiero a la desaparecida;

la busqué por todas partes y fué en vano. Fuí a Londres, y allí los bombardeos hacían imposible distinguirla en el corazón de las brumas.

Ciertamente, no la ahogaste en el Támesis, ciertamente no la suprimiste.

Fuí a París y habías hurtado el Sena.

Adriana, devuélveme a la desaparecida. Ella era rival de tus senos y la  
eliminaste de mis ojos.

Sin embargo, mi poesía de hoy ausente y viva,

¿dónde está? ¿en qué lugar la encontraré?

Esta Adriana, "ciudadana del mundo", "música y paisaje, rosa de los grandes vientos", "voz que atiende a los S.O.S.", "ritmo ilimitado", es "la amada del niño Ledo Ivo", quien la explica así: Adriana: tiene la A de amor, la D de demonio, la R de rayo, la I de intimidad, la A nuevamente de amor porque siempre de ausencia, la N de novia, nubes, niebla o nunca, porque siempre A todavía de amor, de ausencia, por la primera vez de angustia. Y vuelve a describirla, a explicarla: Adriana tiene la A de Adriático, la D de drama o de dolor, la R de río o remo, la I de inquietud o isla, la A de amor, por la primera vez de angustia, la N de nave, navegación o nunca, la A siempre de amor, sin jamás proseguir.

Estos poemas que Ledo Ivo grita a Adriana, están plenos de fermentos emocionales y su mágica realidad, su patetismo, su fuerza, su ternura, su caos, su delicadeza crean un mundo de alta poesía. El poeta "no quiere a Adriana aprisionada por la métrica, la busca libre, con su poderoso imán, con su presencia que detiene los relojes, para que la hora de ella desordene todas las horas". Y nos dice: "¡Todo es Adriana, Poesía de la Poesía!" Y a ella así susurra: "Adriana, soy adrianamente tuyo. Cada letra de tu nombre es una palabra de amor, el cielo, el mar, los campos, los pececillos del mar, el tormento todo es tuyo. Fué tu presencia quien hizo descender sobre mí esta luz que es como la claridad de Dios, el beso del cielo en la faz manchada de sudor y llanto de los hombres."

Poeta-niño, con el deslumbramiento de su apostolado, clama en el silencio del hogar: "¡Soy poeta, padre mío! ¡Mamá, lo que tu hijo representa, son dieciocho años de poesía, de profunda poesía! Mis hermanos y amigos, Ledo Ivo es poeta."

Esta conciencia de su destino no es, sin embargo, puro goce y asombro. La imagen del dolor se enrosca en ella, como un ofidio rutilante. Y frente a Adriana, el poeta dice su estremecimiento: "Me ahogo en ti como en un grande mar. Adriana, razón absoluta de mi existencia, estás en mí como en un campo poblado de incendios. Soy tu esclavo, amada; sirvo de tus cabellos rubios que desordenan el equilibrio de las mañanas." Y aun sabiéndose esclavo de ella, le dice su sed de defenderla: "Duerme en mi cuerpo, Adriana, duerme en mi cuerpo que te protege y posee meridianos hipnotizados por la geografía del amor."

Ya, al descubrir a Adriana, le había dicho: "Soy realmente tu sombra y tu prodigio, un gesto de tu mano será la señal para que se aproximen las músicas. Mi vida depende de la poesía, mi patria. Me suicidaré si me destierran."

\* \* \*

PAULINA MEDEIROS, *Fronda sumergida*.—Montevideo, Biblioteca "Alfar", 1945. 56 pp.

Densa y sutil, la poesía de esta uruguaya se aparta de toda música fácil, de todo elemento decorativo, en una búsqueda tenaz, límpida y honestísima, de ese mundo onírico que tan bien responde a su sensibilidad.

Hay nobles hallazgos en esta obra que posee una rara unidad, de una emoción austera, llegando a su plenitud —para nuestro gusto— en "Calle de otoño", "Pasa sobre mi frente", "Ruego", "Presencia", "Dama de piedra", páginas alquitaradas, de esencia dramática casi siempre; a veces, de una gracia inocente; siempre de intensa verdad poética.

Verdad poética, realidad mágica, aire abierto a la fantasía, pero no ajeno a este duro y bello mundo de nuestras luchas y de nuestra terca esperanza. *Fronda sumergida* hace evocarnos la definición de la poesía moderna, emitida por Arturo Rivas Sainz: "materia fluída, voluble e imprevisible como la incolora neblina de un ansia indefinida. Materia que no es siempre la misma para todos. Intangible aun en los signos que la prenden. Allí el espíritu, desatado de la atracción de las palabras, se cierce taumaturgo".